

emancipación. Mientras tanto, los gobiernos imponen modelos educativos donde pensar está prohibido y obedecer es premiado, a pesar de que en el discurso hablen de una educación liberadora y crítica.

Frente a esta ofensiva, el magisterio consciente ha dicho: **¡no!** No queremos festivales, queremos derechos.

No queremos aplausos, queremos justicia. No queremos reconocimientos vacíos, queremos abrogar la Ley del ISSSTE 2007, eliminar la USICAMM, recuperar nuestro sistema de pensiones solidarias, garantizar salario digno y condiciones materiales para ejercer nuestra labor sin miedo ni precariedad.

En este contexto, el 15 de mayo no puede vivirse como una fiesta. Es una jornada de memoria, combate y horizonte revolucionario. Porque celebrar sin dignidad no es festejar: es claudicar. No rechazamos la alegría como expresión humana, sino su uso como anestesia ideológica. No aceptamos el festejo de quienes fueron cómplices del despojo. Frente al abandono institucional, la única respuesta legítima es la organización.

Por eso, mientras la sección 14 del SNTE y las dependencias oficiales preparan sus listas de regalos y sus menús, el magisterio combativo levanta su voz en las calles, instala el plantón nacional en la Ciudad de México, construye alternativas pedagógicas desde abajo, y transforma la celebración en trinchera.

Cuando la dignidad está en juego, no hay artista, rifa ni comida que sustituya la fuerza transformadora de un magisterio que ha decidido no rendirse. Porque en cada rincón donde una maestra y maestro enseña a leer en me'phaa, nauatl, nómndaá, tu'un savi y español, en cada aula sin techo donde un maestro se resiste a la ignorancia impuesta, en cada comunidad que defiende su escuela como territorio de lucha, late la convicción profunda de que educar es también resistir.

Así, el 15 de mayo no es día de fiesta. Es día de memoria, de rebelión, de organización. No celebramos: nos movilizamos. No aplaudimos: luchamos. No olvidamos: seguimos. Porque nuestra historia no se escribe con discursos: se escribe con dignidad.

**¡La huelga es ahora!**

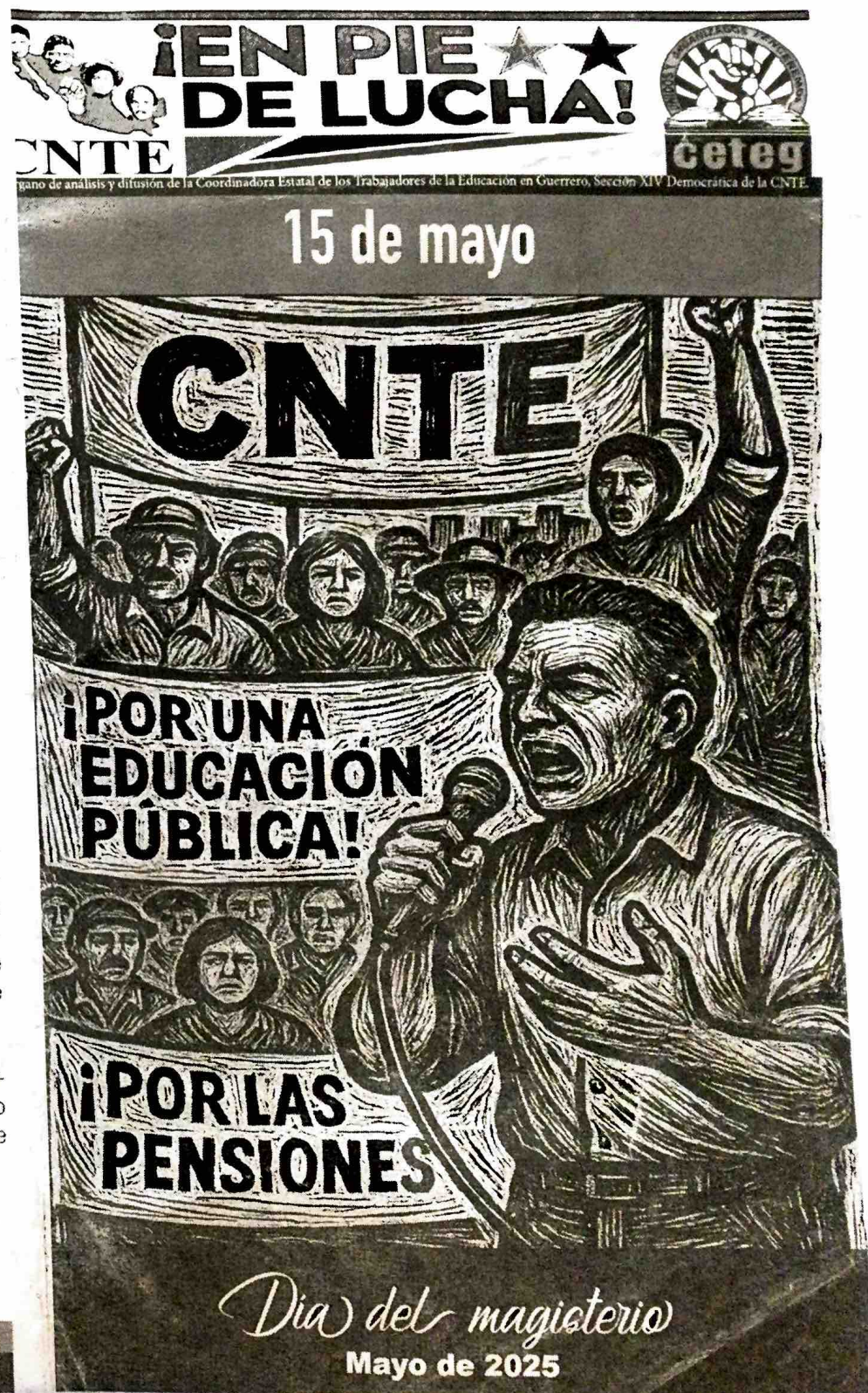
**¡Gobierno quien gobierne, los derechos se defienden!**

**¡Por la abrogación de la Ley del ISSSTE 2007 y la desaparición de la USICAMM!**

**¡Todas y todos al plantón en la Plaza de la Constitución!**

**¡UNIDOS Y ORGANIZADOS. VENCEREMOS!**

**COORDINADORA ESTATAL DE LOS TRABAJADORES DE LA EDUCACIÓN EN GUERRERO**



# 15 de mayo: por la dignidad magisterial

Mientras el sistema capitalista perfecciona sus mecanismos de cooptación simbólica, el 15 de mayo se ha transformado en una caricatura de celebración. Comidas, rifas, espectáculos y discursos vacíos han reemplazado el debate sobre las condiciones reales del magisterio. En lugar de justicia laboral, reconocimiento genuino y recuperación de derechos, los gobiernos —municipales, estatales y federales— ofrecen festividades que maquillan el abandono estructural de las escuelas y la precariedad de quienes las sostienen con su trabajo cotidiano: las y los maestros.



No siempre fue así. El Día del Maestro nació en un contexto de disputa por la nación. En 1917, mientras se redactaba la Constitución, los legisladores Benito Ramírez y Enrique Viesca propusieron establecer una fecha para honrar a quienes, en condiciones de extrema precariedad, consagraban su vida a educar al pueblo. En 1918, Venustiano Carranza oficializó el 15 de mayo como fecha de conmemoración del magisterio. En aquel México semialfabetizado, reconocer a las y los docentes implicaba, también, reconocer su papel en la construcción de un país distinto, en disputa entre fuerzas populares y oligarquías aún vigentes.

Pero esa intención emancipadora fue dismantelada. Lo que comenzó como un acto de dignificación fue vaciado de contenido por un Estado que aprendió a sustituir derechos por símbolos, organización por espectáculo, lucha por sumisión. Hoy, las celebraciones del 15 de mayo encarnan la lógica del "pan y circo": lo que se entrega como "reconocimiento" es, en realidad, un dispositivo de contención emocional frente al descontento creciente.

Quienes defienden estas festividades afirman que la alegría también es parte del trabajo docente. Pero ¿qué dignidad puede haber en celebrar con una mano lo que se niega con la otra? Se entrega un regalo mientras se recortan los presupuestos para baños dignos, techos seguros, materiales escolares o formación profesional. Se aplaude al magisterio mientras se sostiene un sistema de evaluación otrora punitiva que no valora a los trabajadores y elimina la bilateralidad como la USICAMM, y se mantiene intacta la Ley del ISSSTE 2007 que despojó a millones de trabajadores de sus derechos histó-

ricos.

Una muestra reciente de esta operación simbólica es el comunicado del Senado de la República, que, a propuesta del secretario general del SNTE, Alfonso Cepeda Salas, anunció la inscripción en letras doradas de la leyenda "A las maestras y maestros de México, por su contribución al desarrollo del país". Mientras se pretende canonizar al magisterio en los muros del Senado, se le precariza en las aulas. Esta exaltación vacía, impulsada por la cúpula charra del SNTE, busca sustituir la lucha organizada por un monumento simbólico que no resuelve los problemas reales de las y los trabajadores de la educación. La frase escrita en oro no paga salarios dignos, no garantiza jubilaciones justas, ni protege la vida de los docentes rurales perseguidos por el crimen y el Estado.

A lo largo del siglo XX, el magisterio no fue cómplice de esta simulación. Fue protagonista de luchas populares, defensor de la educación pública, organizador comunitario y promotor de conciencia crítica. Por eso fue perseguido. Durante la Guerra Cristera y los años de impulso a la educación socialista, cientos de maestras y maestros fueron asesinados brutalmente. No es leyenda: es historia escrita con sangre. María Rodríguez Murillo fue asesinada por alfabetizar a hijas e hijos de campesinos; Carlos Toledano fue quemado vivo en Veracruz frente a sus alumnos; en Teziutlán, los maestros Carlos Sayago Hernández, Carlos Pastrana Jiménez y Librado Labastida Navarrete fueron asesinados por atreverse a enseñar.

En 1935, Lázaro Cárdenas ordenó que cada 15 de mayo se recordaran diez nombres de educadores asesinados por el fanatismo clerical. Pero hoy, su memoria ha sido enterrada bajo montañas de rifas y actos institucionales, mientras los mismos intereses que los asesinaron dirigen partidos políticos y fundaciones "educativas" al servicio del capital.

La historia no ha terminado. Hoy las formas de violencia han mutado, pero no han desaparecido. Los 43 normalistas de Ayotzinapa siguen desaparecidos por querer ser maestros rurales. Las y los docentes que se organizan son desplazados, vigilados, acosados. La educación pública es subordinada a intereses empresariales, y la escuela se convierte en un espacio de domesticación, no de